

—Segurísimo, —contestó Martín. —Este traje me haría desconocer á las miradas de mi propio padre.

—Entonces, vamos.

—Id delante, señor duque.

Y entrambos salieron de la estancia.

IV.

DONDE SE PRUEBA QUE NO ES SANO DORMIR CON LAS VENTANAS ABIERTAS.

Segun Martín se lo dijera al duque, el paje Sancho, en efecto, no había salido del castillo. Leonor y su dueña, que por cariño hacía la condesa no vaciló en terciar los puros amores de ambos jóvenes, le habían dado la llave de una torre inhabitada que se veía al extremo del parque. En esta torre pasaba Sancho encerrado todo el día, y allí iba la dueña á llevarle la comida y á darle en nombre de su señora, las citas que por lo comun tenían lugar cada noche.

Cuando ya las sombras estaban casi cansadas de envolver la tierra, cuando todo el castillo reposaba en el silencio mas profundo, el joven paje se envolvía en su capa, y, saliendo de la torre, atravesaba el parque y se acercaba á la reja desde la cual la enamorada Leonor le dirigía tiernas palabras con amante solicitud.

Una noche que había recibido la ordinaria cita por conducto de la bondadosa dueña, Sancho abandonó como de costumbre la torre, y se llegó á la reja, triste, pensativo, sombrío. Leonor le estaba ya esperando.

Qué es lo que tienes, mi buen Sancho? —esclamó la joven condesa así que hubo llegado el paje cerca de ella: —porque tu rostro está nublado?

Porqué tus bellos ojos no despiden como otras veces, al llegar, apasionados rayos de amor y de ternura? Mi dueña me ha dicho que esta tarde, cuando ha ido á verte, ha sorprendido una lágrima en tus mejillas. Qué es eso, Sancho?....

—Es que estoy triste, Leonor, y en vano me pregunto, y en vano trato de adivinar la causa. Diríase que un presentimiento me prensa el corazón y me ahoga. Somos bien infelices, Leonor. Entrambos sentimos nuestro pecho palpar descompasado estrellando sus latidos en las paredes que le guardan, y tenemos que decirle á nuestro pecho que ahogue sus emociones cual ahoga la mente el pensamiento. Como los criminales, solo podemos vernos de noche, y mientras tú pasas el día encerrada en tu solitaria habitacion, yo gimo entre los muros de la vieja torre, sepultado en ella como en una tumba. Si vieras cuanto envidio la suerte de lasavecillas que algunas veces se detienen en el antepecho de mi ventana. Ay! ellas son libres y cantan su libertad.

—Deseas pues ser libre, Sancho? Deseas acaso partir?

—Ay! nó, tu amor puro de ángel recompensa todos mis sufrimientos, paga con usura toda mi esclavitud, pero algunas veces pienso en mi madre que no sabe de su hijo, pienso en esa pobre anciana que allá en su choza llora y reza por su Sancho, pienso en fin que en lugar de permanecer tú tras de esa reja, yo sepultado en la torre que tiembla cuando sopla el huracan, podríamos, libres como el aire, recorrer los prados y las vegas, mirándome yo en el cristal de tus ojos, dejando tú caer la frente sobre mi corazón que palpitaría estremecido de amor á su contacto. Qué importa que abandonases un palacio, un séquito de servidores y una nube de guardias? En cambio, yo te daría bóvedas de follaje que balanceándose sobre nuestras cabezas nos inundarian con una lluvia de aromas, campos de flores que estenderian sus alfombras á tus plantas, horizontes inmensos que te formarían un rico dosel de azul bordado de estrellas, y pájaros y aves que entre la enramada cantarían nuestro amor y nuestra ventura.

—Sancho, Sancho, es un delicioso sueño que ya has tenido otras veces y del que te ha sido forzoso despertar. Yo no puedo abandonar al pobre anciano que, fijos los ojos en el reloj, cuenta los granos de arena que le faltan para bajar al sepulcro.

—Ay! es verdad! es verdad! —murmuró Sancho y descansó su abrasada frente en los helados hierros de la reja.

Hubo un instante de silencio entre los dos amantes.

El viento gemía melancólicamente entre el follaje, y de cuando en cuando

furiosas ráfagas iban á azotar el rostro de nuestros dos enamorados. La luna que brillaba poco antes pura en el horizonte, se escondió en un mar de nubes que invadieron el espacio y que empezaron á rodar sus negruzcas olas por el cielo. Entre una de las ráfagas que fué impetuosamente á estrellarse en las paredes del edificio y á sepultarse con lúgubres silvidos por la reja, llegó cortada de su tallo, una de esas peregrinas flores de azahar, que dando contra uno de los hierros de la ventana, cayó marchita casi y descolorida entre los dos jóvenes.

Sancho se bajó á cojerla:

— Pobre flor! pobre hermosa planta! El soplo de la tempestad te ha arrancado á tu nutridora rama y, combatida por los vientos, juguete de los aires, has ido á morir lejos del verjel perfumado de que hasta ahora fuiste gala. Pobre flor! mi corazón es todo amor como era tu seno todo aroma. Sañudos vientos de borrasca vendrán un día á combatir este amor, y Dios quiera que no le deshojen como se deshojan las flores llevadas en alas de los huracanes.

Y Sancho volvió á dejar caer su frente sobre los hierros de la reja. Leonor pasó su blanca mano por entre la verja y la depositó en las manos calenturientas del paje.

Entonces empezó entre ambos amantes una conversacion llena de encanto y de ternura, de melancolía y de goces íntimos, conversacion que duró hasta que el cielo que desde un principio amenazaba tempestad, empezó á arrojar gruesas gotas de lluvia sobre su frente.

— Sancho, — exclamó Leonor entregándole una banda, — toma esta banda que para tí he bordado. Su lema dice: *lealtad, amor y confianza*. Sé, pues, leal, sé amante, ten confianza, mi pobre paje, y Dios vendrá en nuestra ayuda.

— Leonor, — preguntó el paje entregado por entero á sus impresiones y tomando maquinalmente la banda que á través de la reja le alargó su amada, — quien es un judío que he visto ayer desde la ventana de mi torre pasear por el parque?

— Un médico rabino que el duque ha presentado á mi abuelo como un famoso y gran sabio conocedor de secretos de plantas para alivio de las dolencias.

— Es que me pareció que examinaba la torre con mucha detencion.

— Casualidad! Yo vigilaré

La lluvia que habia comenzado á caer se desató entonces con furia. Sancho puso la banda sobre su corazón, estrechó y llevó á sus labios la mano

que le tendió la joven condesa, y abandonando la reja, se dirigió por bajo las oscuras bóvedas de follaje hácia la solitaria torre que le servia de estancia.

La conversacion con su amada habia en parte disipado las ideas fúnebres y melancólicas que germinaban en su mente; su corazón, rebosando amor y ternura, pensaba solo entonces en la vida de felicidad inmensa que podria disfrutar al lado de la condesa, si el horizonte hasta entonces encapotado, se abria y despejaba benéfico dando paso á un rayo de sol que fuera á saludar, signo de esperanza, á los dos amantes, como fué un rayo de luz, signo de la misericordia divina, á teñir de sublimes resplandores las frentes de los mártires de Constantina.

Seguia en tanto lloviendo. El bosque por el cual atravesaba Sancho parecia lleno de mil rumores, los árboles temblaban á impulsos del viento y agitaban furiosamente sus copas como una reunion de gigantes fantasmas meciedo sus negras cabelleras; el cielo aparecia oscuro y liso como una bóveda de plomo; solo algunas veces se entreabria para lanzar de sus entrañas el rayo y por un momento podíase ver entonces, como un sueño triste, negros castillos de nubes que se cernian en los aires.

El paje llegó á la torre, echó el cerrojo á la puerta, y subiendo á su estancia en el primer piso, se asomó á la ventana, y allí permaneció largo rato, mudo espectador de la terrible tempestad. Esta azotaba con su destructor látigo todos los contornos. Diríase que habia esperado á que Sancho estuviera al abrigo de su torre para estallar en toda su desordenada furia.

Hacia un calor sofocante, y las ráfagas que al pasar tronchaban los árboles y hacian estremecer la torre en sus cimientos parecian llevar en sus pliegues fuego derretido, segun el hálito abrasador que lanzaban; el trueno ya se dejaba oír con sordos y prolongados rugidos, ya retumbaba por el espacio como el rumor de una cascada bajo una bóveda, ya despedia chasquidos claros y fuertes, como si las montañas se rajasen gimiendo de dolor en sus cóncavas profundidades.

De vez en cuando el rayo serpenteaba por entre las agrupadas tinieblas. Entonces todo cobraba momentánea vida. En el fondo aparecia el castillo de Benavente flanqueado por sus torreones como un monstruo de alas desplegadas asistiendo á la bacanal de la naturaleza, y, como una danza de malignos espíritus, Sancho creia ver agitarse, moverse y danzar en el parque al olmo erguido, al haya centenaria, á la encina de estendidos brazos y al ciprés de melancólico ramage.

Al cabo de una hora el viento se amansó, el trueno dejó de oirse, el rayo se estinguió, la lluvia cesó de caer. La tempestad habia pasado. Separóse el paje del sitio donde estuviera como clavado hasta entonces, y se tendió en su lecho dejando abierta la ventana para que por ella entraran á saludarle, al amanecer, la dulce sonrisa del alba y el canto matinal de los pájaros que entonan un himno de alabanza al primer rayo del sol.

Rato hacia ya que se habia quedado dormido en brazos de sus peregrinas ilusiones de amores, cuando un bulto negro apareciendo en la ventana interceptó la poca claridad que el cielo ya despejado dejaba penetrar en la estancia. Era un hombre que habia subido por una escala de cuerda desde el parque. Saltó este hombre en la habitacion, y tras de él apareció otro. Mas grueso y corpulento que el primero, tuvo este nuevo personaje todos los trabajos del mundo para introducirse por la ojiva demasiado angosta para sus fornidos miembros. Ayudado del primero pudo al fin conseguirlo, y los dos entonces, dueños ya de la estancia, se acercaron al paje con toda precaucion y sumo cuidado, situándose uno á cada lado del lecho en que descansaba Sancho.

A los pocos instantes, el pobre jóven despertaba sobresaltado, pero sin poder dar un grito, sin poder apenas menearse. Cerraba su boca un lienzo fuertemente atado; sus manos y piés eran esclavos de una fina cuerda que penetraba como la hoja de un puñal en sus carnes. A mas de esto, no contentos aun, le arrastraron hácia la pared y por medio de una nudosa correa le ataron á un garfio de hierro dejándole allí sentado en el suelo, en bien difícil si no imposible posicion para hacer el menor movimiento.

La oscuridad que reinaba impidió que el paje pudiera ver los semblantes de aquellos dos hombres, pero cuando todo estuvo concluido en medio del silencio mas espantoso, cuando Sancho quedó ya bien y fuertemente aprisionado al garfio de hierro, oyó como uno, el mas bajo, decia al otro que pavoneaba su gigantesca estatura:

— Ahora, Bocanegra, recoje la escala de cuerda y baja á descorrer los cerrojos de la puerta.

El llamado Bocanegra obedeció. Retiró de la ventana la escala de cuerda y salió de la estancia, seguido del otro personaje. Poco despues se oian los pasos de ambos en la escalera de caracol; llegó á oídos del paje el rumor de los cerrojos que rechinaban al descorrerse; escuchó tambien cerrarse la puerta con estrépito, y, en seguida, reinó el mas profundo y mas angustioso silencio.

Por la mañana, el dia apareció risueño y despejado, el sol mas esplendo-

roso iluminó valles y montes; solo en el parque algunos árboles caidos, algunas plantas abatidas, algunos acirates de flores devastados, demostraban las huellas de la pasada tempestad.

Cerca de mediodia, Leonor bajó al jardin á visitar sus queridas flores, las pocas que el huracan habia dejado, é inclinada estaba arreglando una mata, cuando apareció el duque de Arévalo á su lado. El duque inspiraba á la niña un sentimiento instintivo de repulsion que no era dueña de reprimir cada vez que le veía. Así es que al verle junto á ella se estremeció como si hubiese hallado un réptil venenoso en la planta tronchada que enderezando estaba.

El duque notó este movimiento.

— Os desagrada mi presencia, Leonor? — dijo.

— No creais tal, duque. Que motivo os impele á hacerme esa pregunta? — exclamó la jóven con indiferencia.

— Me habia parecido notar en vos un movimiento.....

— Casual en todo caso.

— Sea; no insisto.

La jóven dió algunos pasos. El de Arévalo la siguió colocándose á su lado. Cómo rehusar su compañía?

Así y en silencio marcharon algun trecho.

— Habis reflexionado bien lo que me dijisteis el otro dia, Leonor? — dijo por fin el de Arévalo viendo que la jóven se callaba.

— Y que es lo que os dije, duque?

— No recordais?

— No recuerdo.

— Me dijisteis que nunca...

— Acabad.

— Todavía no recordais?

— Todavía no recuerdo.

— Que nunca seriais mia.

— Ah! yá!

— Y qué decís hoy?

— Como qué digo? Pues qué, han variado las circunstancias? No soy la misma hoy que el otro dia? Si el otro dia os dije que nó, que nó debo deciros hoy.

— Con qué, nó?

— Nó.

— Es una palabra, Leonor, que me hiere, que me mata.

— Libreme Dios de un asesinato!
Y al decir esto, la mas picaresca sonrisa se dibujó en los labios de la joven.

— Esa burla, Leonor...

— Exajerais tanto, duque!

— No todos los lenguajes hallareis exajerados.

— Puede.

— Villanos existen que merecen para vos mas que los nobles y los caballeros.

— No os comprendo.

— Me dijisteis el otro dia que amabais á un paje llamado... llamado... No recuerdo ahora!... Esos nombres de pecheros y de villanos son tan dificiles de retener en la memoria!... llamado....

— Sancho Sanchez, señor duque.

Aquella serenidad de la jóven encendió un rayo de cólera en los ojos del duque. Disimuló sin embargo.

— Esto es, Sancho Sanchez, — repitió.

— Y qué? — dijo la jóven.

— Que sin duda no hallareis su lenguaje exajerado como el mio, cuando en tierna plática de amores pasais distraida con él largas horas de la noche.

— Duque! — exclamó la jóven que sintió arder sus mejillas.

— Cuando os dirijís enamorados suspiros de pié vos tras de los hierros, de pié el galan junto á la reja.

Leonor conoció que estaba vendida.

— Cuando en fin, — prosiguió el duque, — dejais en sus manos las galantes bandas que bordais para él como pudierais hacer para el vencedor en unas cañas ó en un torneo.

La condesa iba perdiendo terreno en aquella lucha obstinada, y, como muger que era, lo conoció. Las mujeres lo conocen todo. Trató pues de acudir en auxilio de sí misma por una resolucion estrema, haciéndose superior á la circunstancia del momento. Ya hemos visto que no le faltaban jamás ni resolucion ni osadía.

— Y á todo eso, qué? — preguntó clavando de hito en hito los ojos en los del duque para desconcertarle.

Este sostuvo la mirada.

— Qué?... Que os aconsejaria, condesa, que cedieseis á mi amor, á mi ternura...

— Ah! es un consejo? Y no contais para hacerme ceder mas que con vuestro consejo?...

— Cuento con algo mas aun.

— Con algo mas!

— Sí, tengo un talisman para obligaros á consentir.

— Un talisman! Seriais por acaso hechicero, duque?

— Puede.

Al decir esto, sin que Leonor lo hubiese advertido, habian llegado á la torre que se alzaba al estremo del parque y que era la solitaria habitacion del paje Sancho. Á la última palabra del de Arévalo, la condesa acertó á levantar sus ojos y se estremeció al verse en aquel sitio donde, quizá con toda intencion, la habia con maña conducido el duque. Así seria en efecto, porque no bien estuvieron frente del medio derruido torreon, cuando el duque descargó una patada en el suelo que podia muy bien ser una seña. La puerta de la torre se abrió de par en par; la asombrada Leonor clavó en ella su ojos y, ante el espectáculo que se presentó, un grito indecible de terror y espanto salió de sus labios.

Sancho estaba tendido en el suelo, maniatado, pálido, contraído el rostro por los esfuerzos hechos sin duda para escapar á sus ligaduras y á la especie de mordaza que oprimia su boca. Á su lado un hombre corpulento de agigantada estatura, de rostro de verdugo, tenia doblada una rodilla y con un puñal levantado amenazaba el pecho del paje.

— Ahí teneis mi talisman, Leonor, — exclamó con una irónica sonrisa el duque. — Si consentís en darme la mano, el paje queda en libertad; si persistís en negaros, ese puñal que veis brillar se hundirá en el pecho del villano. Resolved pronto.

Leonor habia quedado inmóvil, helada. El terror tenia embargados todos sus sentidos.

— Que decís, condesa? — dijo al cabo de un momento el duque.

La cólera mas terrible, el odio mas profundo, el desprecio mas insultante se pintó en los ojos de la jóven.

— Sois un cobarde, señor duque, sois un infame mal nacido! exclamó la condesa con voz ahogada por la ira.

— Bocanegra! — gritó el de Arévalo dirijiéndose al hombre arrodillado.

Bocanegra movió el brazo. Leonor, fuera de sí, se precipitó á los piés del duque.

— Oh! nó, nó, deteneos! gritó con un supremo esfuerzo de desesperacion y de amargura.

Bocanegra se detuvo.

— Matadme á mí, — exclamó la joven — y dejadle á él. Dejadle! Ay! Asesinariais tambien á su pobre madre! Matadme á mí, duque, á mí!

— A vos nó, señora, á él, si no cedéis.

— A nadie! vibró una voz robusta sonando á espaldas de los personajes de esta escena.

Todos se volvieron asombrados y Bocanegra el asesino bajó su brazo armado del puñal. La voz que resonaba, paralizó su accion.

Era la del conde de Benavente.

El anciano se adelantaba perezosamente apoyado en un baston. Habia visto desde una ventana del castillo á Leonor en conversacion con el duque y habia bajado con objeto de reunirse á ellos, llegando en ocasion de poder presentiar la incalificable escena que allí tenia lugar.

La jóven, á la vista del anciano, dió un grito de júbilo y se arrojó en sus brazos.

— Que es eso, señor duque? — exclamó entonces el anciano caballero. — Cómo á tales demasías se atreve un noble en mi castillo? Vuestra accion es la de un ruin y mal nacido. Salid pronto de esta mansion que manchais con vuestra presencia. Los Pimentel no admiten cobardes y villanos en su casa ni á su mesa. Fuera, mal caballero, fuera de mi castillo!

El duque se puso cárdeno de ira. Sus ojos brotaban llamas, sus dientes rechinaban, sus puños se crisparon é hizo ademan de requerir la daga que brillaba en su cintó. Detuvo su movimiento sin embargo, y exclamó conteniéndose todo lo que le fué posible:

— Respeto vuestras canas y vuestra avanzada edad. A no ser así, os hubiera pedido que me hicierais el gusto de medir con las mias vuestras armas.

— Siempre que gustéis, duque. Aun tiene vigor este brazo de anciano para manejar el acero templado con sangre de enemigos en cien batallas.

Pero el duque no le escuchaba ya. Al pronunciar la última palabra, volvió la espalda y no tardó en desaparecer entre los árboles.

Bocanegra estaba aun en la torre con la rodilla en tierra.

— Desátame á ese jóven, bribon, — le gritó Don Rodrigo, — y vete á reunir con tu noble y digno señor.

Bocanegra obedeció en silencio como era su costumbre. Cortó con el puñal las ligaduras de Sancho, le quitó la mordaza, le ayudó á ponerse en pié; envainó su acero, y haciendo un profundo saludo á Leonor y á Don Rodrigo, se alejó sin haber despegado los labios.

Sancho se precipitó hácia el duque y besó su mano mientras que dirijia una tiernísima mirada de amor á la jóven.

Don Rodrigo sintió humedecidos sus ojos por una lágrima.

— Si fueras noble, hijo mio, — dijo al paje, — por oscuro que fuese tu nombre te concederia la mano de mi nieta querida. Pero desgraciadamente no lo eres y tú no puedes exigir que el último vástago de los Pimentel se enlace con un villano. Vete, pues, abandona este castillo, y olvida á Leonor como ella me complacerá olvidándote á tí.

Sancho volvió á mirar á la condesa. Esta le dirigió una mirada que queria decir en su mudo, pero espresivo lenguaje: Oh! nó, no te olvidaré nunca!

— Parte, Sancho, parte! la bendicion del cielo te acompañe!

Dijo el anciano, y tomando el brazo de Leonor se dirigió lenta y trabajosamente hácia el castillo.

V.

DE BRIBON A BRIBON.

RATO hacia ya que diera la media noche; reinaba el mayor silencio y todo el mundo dormia ó poco menos en el castillo, cuando se dejó ver una luz misteriosa en el fondo de una galería, luz que iba avanzando poco á poco en direccion al ala oriental del edificio. Era despedida por una linterna que un hombre llevaba en la mano.

Avanzaba este personaje con toda precaucion como si temiese ser oido, parándose á cada momento para interrogar el silencio, inclinando el cuerpo y la linterna hácia delante para registrar la oscuridad, y procurando mitigar el ruido de sus pisadas que al menor descuido podian hallar un traidor eco en las bóvedas del viejo castillo. De este modo siguió andando, y atravesó sin ser notado la galería y varias antesalas hasta llegar á una labrada puer-